

LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS

I

MOVIMIENTOS. — REFORMAS. — REVOLUCIONES.

Al terminar nuestra HISTORIA UNIVERSAL hacíamos presentir los próximos movimientos que se preparaban; indicábamos cuáles serían sus tendencias, sus esperanzas, sus temores; pero era imposible el prever que estos movimientos habrían dado por resultado un trastorno tan completo en los poderes, en la economía, en las doctrinas, en los sentimientos; ni que á la teoría de los convenios, sobre los que se hallaba establecida una paz de treinta y tres años, tal cual ella fuese, vendría á reemplazarla un principio que, durante otros treinta años, señalaría esta época con horribles guerras y luchas encarnizadas.

Pero si estas luchas se hallan todavía muy lejos de haberse concluido, ya podemos asegurar que si la libertad y la dignidad han naufragado en ellas, han sido empujadas y arrastradas por las agitadas olas hácia una orilla mucho más avanzada. En efecto, despertáronse las generaciones, removiéronse muchos obstáculos, desaparecieron muchas trabas; la industria y el bienestar material adelantaron; se agrandaron las inteligencias, y un número mucho más considerable de personas fué llamado á tomar parte, no solo en el banquete social, sino en el manejo de los intereses públicos, y en el comun mejoramiento.

Empezando por aquella Italia que fué siempre el punto capital de nuestros pensamientos, recordaremos que, tal cual había sido constituida por los tratados de 1815, gozó de una larga paz, si se exceptúan los dos movimientos ocurridos en 1821 y 31, fácilmente reprimidos por la fuerza austriaca. Mientras tanto, el Austria era considerada como déspota en toda la península, en donde se decía ser ella la que se oponía é impedía el que los pueblos obtuviesen, y los príncipes concediesen lo que se reputaba entónces como el supremo bien político: UNA CONSTITUCION.

Al lado del partido liberal frances, llegó á formarse el partido neo-güelfo que, recordándose de las libertades históricas, pero respetuoso siempre á la autoridad pontificia que daba á la Italia la primacía entre todas las naciones, acariciaba la idea de la formación de una liga ó confederación de todos los Estados italianos, en la cual, si el Austria llegaba á formar parte de ella, debería aceptarla con las condiciones de independencia de aquella; y si se negaba á entrar, se encontraría, en ese caso, sola y teniendo contra sí á su frente el resto de toda la nación italiana por la que manifestaba sus simpatías la Europa, y la Francia más particularmente.

Estas ideas calorosamente proclamadas y sostenidas por Vicente Gioberti y César Balbo, eran miradas con desprecio y con mofa por parte de los autoritarios, y con lástima y compasión por los liberales; cuando la elección de Pio IX pareció que debía realizarlas. La amnistía parcial que concedió el nuevo Papa se tuvo como el preludio de otras concesiones más avanzadas, cuyo complemento parecían deber ser algunas reformas administrativas; tales como la creación de un ministerio, y de una Consulta ó Consejo de Estado. Cansados los ciudadanos de maldecir y de execrar, empezaron á aplaudir; se excitó una admiración universal y ruidosa, y el grito de *Viva Pio nono!* se hizo el grito de moda y el tema favorito de todos los encomios, de todas las esperanzas. Desde la Italia, este grito se extendió por toda Europa, y desde Europa atravesó el Atlántico. Protestantes, Católicos, Turcos, Hebreos, todos repetían de consuno: *Viva Pio nono!* y los hijos de Voltaire veían y se representaban en el nombre de este Papa todo lo mejor y más bueno que los pueblos podían pedir y desear, ó que los príncipes podían hacer. Al abrirse las Cámaras de Francia, no habiendo dicho Luis Felipe en su discurso de apertura ni una sola palabra de Pio IX; esta reticencia, ó voluntario olvido, fué muy mal recibido y criticado, y la Cámara, en su con-

1846
16 de
junio

1846.

testacion al discurso de la corona quiso suplir aquella falta: « Como vos, Señor, decian en su Mensaje los diputados, nosotros esperamos que los progresos de la civilizacion y de la libertad se llevarán á efecto en todas partes sin que lleguen á alterarse ni el orden interior, ni la independencia, ni las buenas relaciones entre los Estados. Acompañamos con nuestra simpatía y con nuestros votos á los soberanos y á los pueblos cristianos que caminan unidos por esta nueva via con una sabiduría previsora, de la que el augusto jefe de la cristiandad les ha dado el conmovedor y magnánimo ejemplo. »

Ganado el pontífice por la más cara de las seducciones, cual es la del aura popular, creyó que podría servirle de apoyo para sus santas intenciones; y Roma presentó el espectáculo de un carnaval continuo. Todo se volvía repetidas ovaciones cada dia, palmoteos, himnos, serenatas; tumultuosas aclamaciones y corridas siempre que el Papa entraba, salía ó viajaba, y numerosos aplausos prodigados por las gentes del pueblo á todos aquellos que se decian amigos ó servidores del Papa, incluso el tabernero Ciceruacchio, y otros fautores y empresarios de popularidad y de entusiasmo.

Como sucede generalmente con todos los entusiasmos, era muy difícil el precisar ó discernir cuál era la verdadera causa de este: en la mayor parte de las gentes era moda; en otros muchos era efecto de una sinceridad ó creencia irreflexiva é inconsciente. Aquellos que se apercebían de este alucinamiento, deseaban ver salir de esta especie de conspiracion de elogios y alabanzas un movimiento, un cambio político que, hecho bajo los auspicios del nombre del Papa, fuese moderado y sagrado para el pueblo; y sobre todo, que se viese en él un rayo de aquellas esperanzas tan caras á los Italianos que anhelaban y esperaban ver la regeneracion de la santa libertad unida á una moderacion robusta, más bien que las declamaciones furibundas, la denigracion periodística, y el despotismo revolucionario.

Los otros príncipes reinantes conocieron la necesidad y obligacion en que esta situacion los ponía de mejorar las condiciones de sus súbditos, si no haciéndolos partícipes del poder, ennobleciendo, á lo ménos, la obediencia; pareciéndoles que ahora era la ocasion más propicia para hacerlo, por cuanto consolidaba el principio de la autoridad soberana, haciendo emanar de ella estas mejoras.

Cárlas Alberto de Saboya, que necesitaba reparar con nobles hechos los primeros errores que habia cometido, se esforzaba en hacer prosperar su Piamonte multiplicando la creacion de instituciones previsoras y benéficas, tales como el establecimiento de casas penitenciales y de

instruccion pública; la construccion de nuevas carreteras, obras costosísimas en un país tan montañoso y cortado por numerosos torrentes; y para evitar escandalosos agiotajes, hacia construir las vias férreas por cuenta del público; mejoraba los códigos y organizaba un buen ejército. De este modo se atraía la atencion y avivaba las esperanzas de muchos Italianos, haciendo recordar que la antigua ambicion de su Casa era la de suceder y reemplazar al Austria en el dominio y posesion de la Lombardia, y en la preeminencia de la Italia.

Miéntas tanto, transcurrían los años sin que esta ocasion se presentase; los jóvenes aprendían á blasfemarle en las canciones de los viejos, y mucho más desde que dió por esposa á su hijo primogénito una hija del virey austriaco de la Lombardia. Por último, se indispuso con el Austria con motivo de los derechos de aduana sobre el vino y la sal; y por cuanto así la patria como la religion no conocen falta que sea inexpiable, esto bastó para que también él fuese considerado como la espada de la Italia cuya cabeza era Pio IX. Sin embargo, á estos primeros aplausos opuso las bayonetas; pero no tardó en verse obligado á conceder algunas reformas que redoblaron su prestigio, aun cuando estas no fuesen más que puramente administrativas.

En los Estados del gran duque de Toscana, el mando era benigno, y la obediencia tranquila, pero sin tendencia alguna á ningun mejoramiento, prevaleciendo la máxima de su ministro que *el mundo marcha por sí mismo*. Esto no obstante, al tener conocimiento de las primeras reformas de Pio IX, el gran duque se apresuró á conceder otras iguales.

Creyéndose la Italia encaminada tranquilamente al bien por los príncipes, en armonía con los pueblos, expresaba su satisfaccion con desmesurada algazara, con continuos banquetes y con otras demostraciones que hacia en obsequio de cualquiera que con palabras simpáticas trataba de poner de acuerdo las opiniones divergentes. La iniciativa de los audaces y la condescendencia de algunos viejos se afanaban en desleír el jabon en el agua para hacer bolas de aire. Estas demostraciones eran otras tantas advertencias para el Austria, contra la cual el odio era el tema obligado de los brándis, de los discursos, de los artículos periodísticos, y en general, el sentimiento comun del lirismo italiano.

En presencia de esta situacion, Metternich dirigió un *Memorandum* á las Córtes amigas presagiando una sublevacion general, y solicitando su apoyo para sofocar las primeras chispas del incendio; trató de indisponer al pueblo con el Papa, haciéndole creer que estaba de acuerdo con él; pero no habiendo logrado su objeto por medio de la astucia y de los enredos de la poli-

1847.

30 octubre.

24 julio.

2 agosto.

cia, quiso amedrentarle haciendo ocupar á Ferrara: la enérgica protesta del Papa, eficaz como toda palabra apoyada sobre el buen derecho, le obligó á retirarse, y le convenció de que habia pasado ya el dominio de la fuerza. Pero despuntaba el dominio de las plazas y de los cafés usurpando el sagrado nombre del pueblo; y á los aplausos de moda, reemplazó la moda de las execraciones, no tan solo contra el enemigo comun, sino hasta contra nosotros. No se exaltaba á Pio IX, á Cárlas Alberto, á Leopoldo, como á reformadores, á Gioberti y á otros italianísimos, como se decia en aquel tiempo de superlativos, sin que dejasen de lanzarse al mismo tiempo mil imprecaciones contra el rey de Nápoles, el sanguinario, y contra los Jesuitas; y las diatribas periodísticas venían á rematarse en descompasada gritería y en tumulto. Cárlas Alberto, que habia asegurado formalmente á los Jesuitas que no serían molestados, tuvo que dejarlos expulsar al dia siguiente: que habia declarado también que era inútil la organizacion de una Guardia Nacional en un Estado que tenia tan brillante ejército, se vió precisado á dejar que esta se armase. Pareciendo en Roma que Pio IX marchaba en la via de las reformas

febrero 1848.

16 de julio 1847.

5 de noviembre.

1848.

27 enero

febrero

mucho más lentamente de lo que se deseaba, tomando por pretexto una conspiracion fraguada contra su vida, con la que se hizo mucho ruido, se quiso armar al pueblo para defenderle: así, despues del espectáculo de las descompasadas y ruidosas demostraciones de entusiasmo, se quiso tener el espectáculo del miedo. El Papa, despues de haber hablado para calmar y disipar aquellos artificiales terrores, continuó haciendo reformas; entabló negociaciones con el Piamonte y la Toscana para formar una liga aduanaera que habria encaminado á una liga política; pero no obstante lo que se complacia con aquella popularidad sin ejemplo, empezaban ya á causarles temores aquellos crecientes movimientos. Los que se prometían hacer carga de cañon, las bendiciones de Pio IX, no se daban por satisfechos con sus declaraciones, y las calificaban de sacrificios hechos por él á las exigencias extranjeras.

El rey de las Dos Sicilias, miéntas tanto, á consecuencia de un vigoroso movimiento que hubo en la isla, y de una demostracion en la capital, y á pesar de las protestas de las Potencias del Norte, concede no solamente algunas reformas, sino una Constitucion, y una amplísima amnistía. Su nombre, que hasta entónces habia sido maldecido y execrado, fué elevado y encomiado en tales términos, que los príncipes sintieron la necesidad que tenían de imitarle. Cárlas Alberto, despues de haberse confesado y comulgado, promete dar una Constitucion paliándola ó disfrazándola bajo el nombre de

Estatuto. Siguele el Gran Duque; y el duque de Luca que, despues de la muerte de María Luisa (el 5 de Octubre del 47) habia sucedido en el ducado de Parma, hace otro tanto. Pio IX también exclamaba: « Con tal que la religion que de salva, no rechazaremos ninguna innovacion necesaria. »

Todas estas Constituciones no eran más que una imitacion de la Constitucion francesa: habria dos Cámaras, ministros responsables; los Senadores serían nombrados por eleccion regia, y los diputados elegidos por los contribuyentes; libertad de imprenta y de peticion. Roma solamente conservaba, como tercera Cámara, el Consistorio cardenalicio que deliberaria en secreto sobre las resoluciones del Parlamento, reservándose exclusivamente los negocios concernientes á los Cánones y á la disciplina eclesiástica.

La embriaguez del entusiasmo llegó á su colmo entre la plebe; aquellos que no querían confundirse con la muchedumbre, discutían sobre la libertad; parangonaban las Constituciones; expresaban públicamente los deseos reprimidos hasta entónces; pedían y obtenían el nombramiento de ministros nuevos, no ya á gusto del príncipe, sino que inspirasen confianza al pueblo; y se poetizaba y ensalzaba el divino acuerdo entre los pueblos y los príncipes, entre la fuerza y el pensamiento, con la conquista y adquisicion de la libertad y de la independencia.

Pero hé aquí que este dorado horizonte se oscureció con la nueva revolucion ocurrida en Francia. Luis Felipe puesto en el trono en 1830 como una barrera contra la República, habia conseguido el contenerla durante diez y ocho años, en cuyo espacio de tiempo habia cicatrizado las llagas que causa toda revolucion; hecho reflorcer la Hacienda, reanimando el comercio, dando á la autoridad mayor prestigio, aumentando la prosperidad material, favoreciendo á la aristocracia industrial anteponiéndola á la patricia; habia fomentado las artes, las letras y las ciencias hasta el punto de hacer de ellas un poder. Al mismo tiempo supo conservar la paz en medio de las ardentísimas ocasiones de guerra que ocurrieron. Restauró la marina, dió mayor libertad á la expresion del pensamiento, á la prensa, y á las órdenes constitucionales.

Su gobierno, sin embargo, á pesar del transcurso del tiempo, no se consolidaba, como le sucede á todo aquel que tiene la revolucion por base y fundamento; de modo que todos los que no habian encontrado un puesto en la revolucion primera, trabajaban para provocar otra segunda; y si en esta no conseguían sus deseos, continuarían trabajando para provocar otra

14 febrero.

tercera. Obligado á buscar adhesiones en todas partes, tenia que lisonjear particulares intereses, y vacilar condescendiendo, ó bien continuar marchando resistiendo. Thiers, Lamartine, Luis Blanc y otros preclaros ingenios se pusieron á divinizar la fuerza, ya radiante y gloriosa con Napoleon, ya feroz y sanguinaria con Robespierre y Marat, en elocuentes discursos, y descripciones poéticas y floridas. Lamennais se servia de su irresistible lógica y de su estilo incomparable para destruir aquella autoridad sobre la cual él mismo habia fundado anteriormente el edificio de la sociedad y de la inteligencia. Victor Hugo proclamaba que: « el poeta puede creer en Dios, ó en los dioses, en Platon, en Satanás, ó no creer en nada. » Desde la cátedra se hacia mofa de cuanto hay de positivo; y representando á los curas como demonios y enemigos de la sociedad y de la moral, se atizaban y hacian revivir los antiguos odios contra el Papa y los suyos. El mayor número, especulando sobre la imaginacion, fomentaba el epicurismo, secundando y proclamando la desmesurada necesidad de enriquecerse y de gozar, poniendo el paraíso en este mundo, sin la menor idea de abnegacion ni freno. En la parte inferior de los periódicos, es decir, en los folletines, se publicaban historietas y novelas que, para hacerse leer en medio de la inquietud y disgusto general que reinaba, adulaban y fomentaban la lascivia, presentando las fealdades del vicio cubiertas y disfrazadas con ropajes de brillantes coloridos, provocando y fomentando la gran corrupcion que ya reinaba con las halagüeñas descripciones que hacian; atizaban la cólera del proletario exagerando la relajacion del rico, y la abundancia de sus goces; avivaban los instintos de la sensualidad, presentando á todas las mujeres fáciles y predispuestas á sucumbir, necesariamente, siempre que la ocasion se presentaba; aseguraban que los hombres obraban solo movidos por el interes ó la pasion; y los autores de estas elucubraciones, cuyo ideal era el presentar las excepcionales aberraciones y flaquezas de la sociedad y de la naturaleza, como su verdadero estado normal, iban cada día, con sus publicaciones, á derramar el grano de arsénico, la semilla corruptora y mortífera en el seno de las familias, en las tiendas, en las campiñas. Iniciaban á los corazones inocentes en los misterios de la voluptuosidad, haciéndoles nacer deseos de impudicia, cuya ignorancia es una salvaguardia; mientras que el conocer esos misterios es un incentivo. De este modo era como la naturaleza pervertida de tales escritores corrompia la sana índole del pueblo y le adulaba, fomentando en él los apetitos desordenados del brutal materialismo; canonizando á Desmoulins, á Danton y á los otros héroes

de la envidia y del asesinato; poniendo en ridículo al clero, y mofándose de él; haciendo perder al pueblo las esperanzas que confortan y consuelan, y borrando de las almas la idea de la inmortalidad.

Estas doctrinas daban lugar entre la plebe á mil imprecaciones, y estimulaban los impacientes deseos de una explosion en la que todos aquellos que nada poseian, sobreponiéndose á las gentes pudientes á quienes se consideraba como usurpadores del patrimonio comun, pudiesen adquirir un lote mayor, no de razon y de moral, sino de goces materiales.

De toda esta grande inmundicia se achacaba la culpa al Gobierno, y así en las Cámaras, como en los periódicos, que eran los conductores de la electricidad revolucionaria, se sacaban argumentos y servia de pretexto para la oposicion. Como si el avanzar consistiese en agitarse, cambiábase sin cesar de ministerio, sin dejar de continuar lamentándose de que los nuevos ministros eran peores que los anteriores; por eso al retirarse Thiers en 1840 exclamó: « Tocaremos la misma sinfonia, pero la tocaremos mejor. »

El último ministerio fué el del histórico Guizot, hombre más rígido de lo que quisieran las pasiones turbulentas; más incorruptible que sus adversarios, el cual no aceptaba las exageraciones del análisis, ni la divinizacion del hombre, y que se obstinaba en conservar la paz como un medio de consolidar la nueva dinastía. Adicto al rey, íntimamente unido con él, pero sin dejar por eso de gobernar constitucionalmente y con la mayoría de la Cámara. Ira y despecho causaba ya el ver durar un ministerio por espacio de cinco años en un país que aborrece la estabilidad, y con una Constitucion segun la cual el rey no debe tener voluntad propia ni sistema particular, sino que debe cambiar sus ministros, segun y conforme cambia el aura popular, ó sea la opinion pública; así es que se trabajaba para derribarlo. Crecia el fermento de la insurreccion con los banquetes, en los que exaltadas las imaginaciones con los ejemplos de los cambios ocurridos en la vecina Italia, y acaloradas las cabezas con los vapores del vino, se pronunciaban apasionados discursos en los que se predicaba el socialismo: estos improvisados brindis eran repetidos, publicados y comentados por los periódicos del partido, y daban al país una representacion y una expresion distinta de la legal. Habiéndose propuesto celebrar en Paris un banquete de cien mil personas, la autoridad se opuso á ello, y esta prohibicion fué la señal de la revolucion á mano armada. Levantáronse barricadas y corrió la sangre; pero resuelto Luis Felipe á no derramar una sola gota por conservarse en el poder, se

apresuró á abdicar, y huyó despavorido por en medio de los bramidos de la insurreccion ciudadana. Un puñado de individuos invade la Cámara gritando desaforadamente « ¡ La República! » y mientras que por fuera se mata, se saquea, se destruye por obtener reformas parciales, óyese decir que no se quiere ya rey; novedad que agrada tanto más, por lo inesperada: se proclama la República y un gobierno provisional, y repítense las escenas que tan á menudo presenciarnos en tan demasiado repetidas revoluciones.

Destruídas las antiguas instituciones, no funcionando aun las nuevas, se hizo dueño de Paris un populacho vicioso, iracundo y déspota. Si las gentes, pues, se serenaron un momento al oír la palabra « República », considerándola como la propia aurora de la regeneracion humana; se aterraron en seguida al verla cambiarse en trastornadora de la sociedad: al ver que en lugar de inaugurar un sistema de conciliacion universal, se temia que viniese á resultar un espantoso huracan, no solo en Francia, sino en toda Europa; porque la verdad era, que renovándose los mismos sucesos del año de 1830, todos los países se resentian de aquel sacudimiento, y mientras que hasta entónces no se habia pensado más que en conquistar ó en mejorar el gobierno constitucional, se trató de derribarlo despues; en términos que la revolucion, que hasta entónces no habia sido sino defensiva, se cambió en agresiva, tanto por la flojedad que encontró para ser reprimida, como ineptitud para ser dirigida.

¿ De qué modo comprenderia la Francia republicana sus deberes? Lamartine que habia aceptado desde el principio la República, y que, sirviéndose de su poética palabra, habia conseguido el hacerla aceptar, no tardó en verse expuesto á los furios de la plebe; pero los afrontó con intrepidez heroica. Infatigable en el hablar, en el responder, en recibir y en reprimir la manía de la sangre y del robo; pero condescendiente en todo lo demas, adulando á todos como comunmente hacen los poderes nuevos; y no teniendo ninguna otra idea fuera de la de la oposicion, era incapaz para organizar. Al anunciar á la Europa la nueva forma de gobierno establecida en Francia, declaró que: « á diferencia de la del 92, la República actual no amenazaba á ningun gobierno, fuese el que quisiese: que reconocia ser la guerra demasiado peligrosa para la libertad: que miraba los tratados de 1815 como nulos y no existentes, pero respetando, sin embargo, las demarcaciones territoriales establecidas en aquellos tratados: que, esto no obstante, si se despertase alguna nacionalidad oprimida, y si los Estados independientes de Italia fuesen invadidos, ó se pusiesen

trabas á sus transformaciones interiores, la Francia protegeria sus legitimos progresos. »

Estas ambigüedades de lenguaje indignas de una gran nacion, alucinaron á los Italianos, que creyeron habian llegado á madurez las suspiradas franquicias. La viril y poderosa inquietud de un pueblo visitado por la libertad, si se manifestaba en los aplausos dirigidos á los soberanos reinantes en el resto de Italia, se concentraba, estremeciéndose, en los pechos de los habitantes del reino Lombardo-Veneto, provincia dominada por el extranjero. Este país hacia ya tiempo que se hallaba gozando de las reformas administrativas otorgadas á los países vecinos, gracias á sus antiguas tradiciones municipales. Á pesar de esto, se enfervorizó con el deseo de obtener un objeto determinadísimo, esto es, con la idea y el deseo de recobrar su nacionzidad, sin la cual no es posible el haber libertad sólida y verdadera, dignidad poderosa, y desarrollo completo.

Mientras que el virey adormecia con promesas engañosas las demandas hechas por las vias legales, obtenia que el emperador declarase no hallarse dispuesto á hacer concesiones, confiándose en sus tropas: se prendieron algunos ciudadanos sospechosos, y este proceder de la autoridad irritó, pero no desanimó, ni desconcertó á un pueblo que oponia la amenaza del silencio y de la abnegacion, y en el que, hasta la alegría se revestia de un carácter amenazador. Susurrábase ya hallarse preparada la insurreccion, cuando la chispa incendiaria vino á saltar inopinadamente de un punto de donde ménos se esperaba.

Fiel el Austria al absolutismo patriarcal, se habia declarado franca é implacable adversaria de las pretensiones liberales, y no habia permitido que se hiciese el menor cambio en ninguno de sus Estados. Compuestos estos de pueblos tan diferentes por su origen, por su cultura y por sus tradiciones, ¿ como hubiera podido introducir en ellos aquella unidad que constituye la fuerza de los otros? El gobernar bien á sus diez y ocho Estados hace que sean muy complicadísimas las relaciones exteriores, y necesario el mantenimiento de un numeroso ejército. En muchas provincias de origen alemán, bohemio ó galitiano, ademas de la Hungría y de la Transilvania, en donde habia instituciones distintas, regía la jurisdiccion patronal; y aun cuando estas no enviasen nada al tesoro público, los ingresos en este que, al advenimiento de Francisco I no ascedian más que á 198 millones, á su muerte llegaban á 302. Las últimas adquisiciones que el Austria habia hecho hacia el mar, le dieron una grande extension por esta parte; pero su larga alianza con la Inglaterra fué causa de que no se atreviese á agrandarse en un